

centándose. Y no sólo en el sector nacionalista, donde se le venera, sino en otros, donde su tacto le valió la conquista de grandes simpatías. Presidiendo un Gobierno heterogéneo logró, por sus dotes personales, la unidad de acción indispensable en trances críticos”.

El exilio trajo nuevas diferencias y nuevas aproximaciones: en síntesis, se puede decir que durante la Segunda Guerra Mundial ambos líderes estuvieron enfrentados, sobre todo debido a la llamada *obediencia vasca* que el *lendakari* quiso imponer a todos los miembros de su Gobierno y especialmente a los socialistas. Entre 1945 y 1951 Prieto y Aguirre fueron de nuevo aliados: es un período de gran confianza en una solución democrática para España y de gran influencia de los líderes nacionalistas vascos en el exilio español; pero, con el correr de los años, aquella esperanza se perdió a medida que el régimen franquista se consolidaba en el interior, con el apoyo implícito de don Juan de Borbón, y en el exterior: en 1951 el Gobierno francés ordenó el desalojo del palacete de la Avenue Marceau de París en el que tenía su sede el Gobierno vasco y, según su mujer, ésta fue “la fecha más triste para José Antonio”. Y en los años finales volvió el distanciamiento, en no poca medida debido a la organización por los *jelkides* del Congreso Mundial Vasco de 1956 al que Prieto, receloso ante posibles extralimitaciones de los nacionalistas, no asistió.

De todos modos, el respeto y la simpatía entre ambos políticos se mantuvo: tras la temprana muer-

te de Aguirre el 22 de marzo de 1960, Prieto publicó un artículo, significativamente titulado “José Antonio y su optimismo” en el que hacía un gran elogio de las cualidades de su amigo, su gran capacidad política, su flexibilidad para sortear “con habilidad las dificultades que entraña la heterogénea composición del equipo gubernativo que dirige”, “su ardiente fe católica”, “su simpatía personal, ciertamente arrolladora, y su ingénita bondad”, que le hacían “ganar el respeto cuando no era posible la adhesión”; y dos años más tarde, desaparecido Prieto, el sucesor de Aguirre, Jesús María de Leizaola, hacía una no tan elogiosa pero sí ecuaníme descripción de su biografía y personalidad, que concluía así: “Descanse en paz el socialista bilbaíno, sin cuya mención no será posible nunca escribir la historia política de España del siglo xx”. Y, por su parte, Manuel de Irujo afirmó: “Prieto fue muy amigo nuestro, de José Antonio, de Leizaola y mío”.

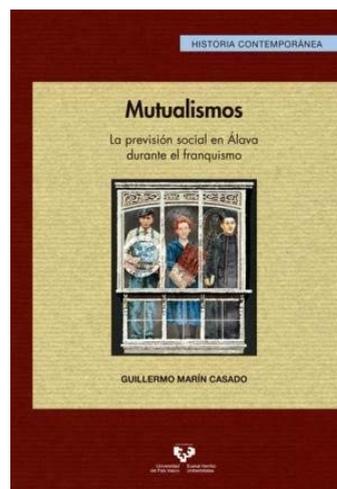
En definitiva, estamos ante una obra de excelente factura, bien construida y ecuaníme en el juicio, que pone de manifiesto las buenas relaciones que, partiendo de principios muy distintos se establecieron con el tiempo, no sin discrepancias y tensiones, entre Indalecio Prieto Tuero y José Antonio Aguirre Lekube, los padres fundadores de la Euskadi autónoma de 1936 y los políticos vascos más relevantes de la primera mitad del siglo xx.

Ignacio OLÁBARRI
GORTÁZAR

Mutualismos. La previsión social en Álava durante el franquismo

Guillermo Marín Casado

Bilbao, Universidad del País Vasco, 2017, 267 pp.
ISBN: 978-84-9082-622-5.



Los historiadores sociales han dedicado numerosas páginas al estudio del mutualismo durante el siglo XIX y principios del XX, siendo, sin embargo, más escasos los trabajos centrados en el franquismo. De ahí que lo primero que debemos hacer es reconocer la originalidad de la cronología escogida por el autor. En Álava, como en otras muchas provincias españolas, existió un asociacionismo de tipo mutualista desde mediados del siglo XIX. En un momento en que no existía el Estado social y cuando aún los seguros sociales no se habían desarrollado, se fueron creado montepíos para trabajadores del Ayuntamiento de Vitoria o para

los eclesiásticos de la diócesis, así como diversas sociedades de socorros mutuos. Al fin y al cabo, ese espíritu gremial que se había desarrollado desde la Edad Media seguía perviviendo, a pesar de que los gremios propiamente dichos habían sido abolidos por las Cortes de Cádiz. Precisamente, una vertiente del gremialismo había sido la ayuda en la adversidad, de suerte que este tipo de asociaciones surgidas en el siglo XIX estaban imbuidas de dicho espíritu. Ahora bien, tal como se demuestra en esta investigación el asociacionismo mutualista evolucionó a lo largo del siglo XX hasta llegar a la actualidad.

Sin embargo, al centrarse en la etapa franquista, el autor se plantea en primer lugar si este asociacionismo mutualista se vio paralizado durante la dictadura como consecuencia de las políticas de control o coerción del régimen o si, por el contrario, éstas no le llegaron a afectar. Y aquí la respuesta de Casado Marín es muy clara. Lejos de verse limitado, el mutualismo en Álava se vio fortalecido durante estos años. Al no funcionar debidamente el sistema de seguros sociales estatal, muchas personas afectadas siguieron recurriendo a este tipo de asociacionismo para paliar semejantes carencias. A pesar incluso de que por primera vez la dictadura franquista puso en marcha medidas legislativas con el objetivo de que los montepíos y las mutualidades tuviesen un mínimo grado de tecnificación. En concreto, habría que señalar la Ley de Montepíos y Mutualidades de 1941 y su reglamento de 1943. Aun teniendo en cuenta que esta legislación tenía un carácter claramente contro-

lador, las cifras aportadas por el autor nos hablan de una auténtica pujanza del mutualismo alavés de estas décadas. De hecho, dicha ley afectó, sobre todo, a las asociaciones herederas más directamente del modelo de sociedad de socorros mutuos del siglo XIX, aunque no fue así en todos los casos, de manera que lo que podríamos denominar “lo mutualista” buscó sus propios recovecos no sólo para sobrevivir, sino para experimentar una auténtica pujanza.

Pujanza que no puede desligarse del fenómeno industrializador experimentado por Álava, en especial, en el valle de Ayala y Vitoria. En efecto, si el primer proceso de industrialización del País Vasco había tenido como protagonistas a las provincias costeras, en las décadas centrales del siglo XX, en un momento de nueva re-industrialización del territorio, la capital alavesa se vio muy afectada por este desarrollo. Fue entonces cuando Vitoria vio cambiar su fisonomía y de ser una ciudad de curas y militares durante la Restauración se convirtió en una localidad moderna, rodeada de polígonos industriales y con unos incrementos de población que no se habían dado jamás anteriormente. Pues bien, sólo en este contexto industrializador se puede entender este resurgir del asociacionismo mutualista ya comentado. De suerte que la mayoría de las nuevas entidades que se crearon estuvieron vinculadas a las fábricas asentadas en la capital alavesa. Así, tal como se analiza en esta obra, en esos años surgieron un buen número de asociaciones relativas a empresas o ámbitos laborales determinados.

De suerte que al llegar a la etapa de la Transición, nos encontramos con una variada tipología de entidades de previsión, cuyo origen no emanaba directamente de la iniciativa estatal. Y de ahí el título de *Mutualismos*, al tratar de estudiar realidades muy diversas. Como bien nos advierte el autor, el catálogo de “lo mutualista” era muy heterogéneo. Así, es posible encontrar sociedades de socorros mutuos (la mayoría afectadas por la Ley de 1941), iniciativas de corte paternalista vinculadas a determinadas empresas, un mutualismo de carácter local o municipal o incluso un mutualismo propio de los grupos sociales más acomodados. En consecuencia, toda una compleja variedad de previsión social no estatal que, como se ha dicho, sirvió para cubrir contingencias en un momento en que en España aún no se había construido un Estado del Bienestar, a la manera del existente en la sociedades democráticas de la Europa Occidental tras la Segunda Guerra Mundial.

En definitiva, una realidad, por tanto, poco estudiada y que, gracias al libro de Guillermo Casado, podemos constatar que se caracterizó por su vigor y heterogeneidad. El hecho de haber centrado su análisis en Álava resulta todo un acierto, ya que fue, sin duda, la provincia que, en el largo plazo, experimentó cambios más bruscos durante el franquismo. Al fin y al cabo, en Vizcaya, por ejemplo, este gran proceso de transformación se había dado en el último tercio del siglo XIX, también de forma muy abrupta. En Guipúzcoa la industrialización comenzó a mediados del siglo XIX y de forma menos

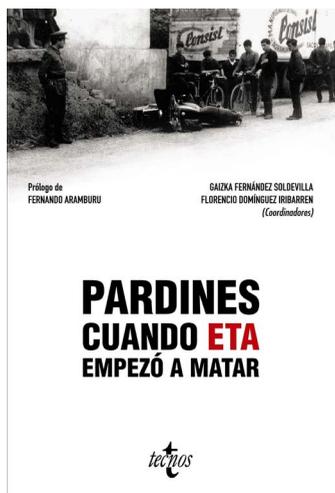
traumática se extendió también a lo largo del siglo XX. Por tanto, lo acontecido en Vitoria en los cincuenta y sesenta, lo mismo que en otras ciudades del norte, como Valladolid, por ejemplo, constituye un excelente laboratorio de análisis del mutualismo y de sus diversas facetas, tal como ha quedado demostrado. De suerte que este trabajo deviene una aportación novedosa para la historiografía vasca, sobre todo, de carácter social, pero también económica, por las razones que se acaban de exponer. Y, por consiguiente, una aportación interesante para un mejor conocimiento de los años del franquismo desde una perspectiva poco trabajada hasta ahora.

Carlos LARRINAGA

Pardines. Cuando ETA empezó a matar

Gaizka Fernández Soldevilla y Florencio Domínguez Iribarren (coords.)

Madrid, Tecnos, 2018, 381 pp.



El asesinato de José Antonio Pardines no fue solo el primero de ETA sino, sobre todo, el punto de inflexión que cambió el rumbo de la banda terrorista y, con ella, de la historia vasca y española reciente. Tal y como se analiza en esta obra coordinada por dos de los mayores expertos en la materia, Gaizka Fernández Soldevilla y Florencio Domínguez, aquel 7 de junio de 1968 ETA pasó de la teoría a la práctica, de hablar a actuar, de ideologizar a matar. No fue un acto premeditado – como lo sería dos meses después el de Melitón Manzananas –, pero tampoco espontáneo o simple casualidad: ETA ya había decidido emplear las armas para conseguir

sus fines. La resolución de actuar contra aquellos que abiertamente se opusieran a su proyecto estaba tomada, principalmente las Fuerzas de Seguridad del Estado.

La obra de Soldevilla y Domínguez la componen diez capítulos escritos por doce estudiosos, entre los que se encuentran historiadores, periodistas, politólogos y juristas expertos en la materia. Prologa el libro Fernando Aramburu y la introducción es del mismo Florencio Domínguez, que resume la intención de los autores por rescatar del olvido a la primera víctima de ETA, porque “el tiempo pasa, pero no debe pasar la memoria de las víctimas del terrorismo, no al menos en una sociedad que quiera consumir la derrota intelectual de la violencia padecida y prevenir la violencia futura”.

Un estudio riguroso, exhaustivo y novedoso, impulsado por la Fundación Centro para la Memoria de las Víctimas del Terrorismo, que aprovecha el 50 aniversario del asesinato de un joven de 25 años al que la sociedad no recuerda, pero que marcó un antes y un después en la historia del terrorismo en España. La importancia del relato desde una perspectiva histórica que deslegitime el terrorismo constituye el hilo conductor de este estudio, para que, en palabras de Domínguez, no se corra “el riesgo de que la Historia se escriba desde la perspectiva de los terroristas”.

Los capítulos siguen una estructura que va de lo general a lo particular, comenzado por el contexto, pasando por el hecho, por la acción policial y por las primeras víctimas, centrándose